

lágrimas de penitencia hasta el fin de su vida, por aquellas dos travesurillas infantiles que él reputaba grandes pecados. No extrañaréis, por tanto, que al hacer José su examen de conciencia, también le asalte alguna duda sobre ciertos puntos de su vida pasada. El Espíritu del mal, que ya estaba en acecho, preparándose á tentar á Jesús, había tentado también á José á raíz de sus desposorios, y lo había tentado por los celos, y celos de María, la Virgen de las Vírgenes, y celos tan grandes que había resuelto abandonarla, sin estrépito ni escándalo, pero para siempre: *voluit occulte dimittere eam.*

¡Pensar en abandonar á María, en alejarse de la immaculada Virgen, llena de gracia, en renunciar á la tutela de Jesús y á la compañía del Verbo Encarnado! El remordimiento se prepara á abrumarlo, cuando una caricia de Jesús, que ve lo que pasa en el interior de aquel pecho, lo tranquiliza, y lo sostiene, y le recuerda la presteza con que dió crédito á la voz del Angel que le reveló el misterio de la Encarnación: *quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

Otra duda asalta aquella delicada conciencia, al recordar aquella vez que perdió al divino Niño, á la edad de doce años, regresando de Jerusalén á Nazaret. ¿No había habido de su parte negligencia en la guarda del precioso tesoro? ¿No traspasó después los límites de su autoridad paternal, al reconvenir al niño Jesús por haberlo abandonado, sumergiéndolo á él mismo y á su casta esposa en un mar de angustias, *Fili, quid fecisti nobis sic, ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te?*

Estrechándolo contra su corazón, tranquiliza el Divino Salvador el alma atribulada de aquel siervo fiel y prudente á quien el Señor constituyó jefe de su propia familia, pero que antes de comparecer ante el tribunal divino se despojó de este carácter para presentarse simplemente como siervo, y parece decirle, como más tarde á los Apóstoles: *iam non dicam vos servos sed amicos meos.*

A nosotros también lo ha dicho, ó dirá más tarde, venerables Sacerdotes y Seminaristas, el día de nuestra ordenación. Ojalá podamos oír de nuevo, á la hora de la muerte, tan consoladoras palabras. ¡Quién tuviera la dicha de verse en esos críticos momentos en los brazos de Jesús y al lado de la tierna María! Pero no por esto os figuréis que la muerte no tuvo para José sus amarguras; antes bien, en cierto modo fueron mayores que las del resto de los mortales.

Para nosotros, significa la muerte la reunión con Jesús, la vista de María. Tendremos quizá que diferir nuestra entrada en el cielo, hasta que el crisol del Purgatorio acabe de purificarnos. Pero esta espera será breve, gracias á las misericordias del Señor, y á las larguezas del tesoro de nuestra Madre la Iglesia. Sobre todo, nada perdemos en este mundo: todo para nosotros será ganancia.

No así el Patriarca San José. Aun no se ha consumado la Redención, ni están abiertas, por consiguiente, las puertas de la gloria. Así es que, aunque *justo*, y notad que es el Evangelio quien le da este dictado,

aunque nada tiene que expiar, se verá detenido en el seno de Abraham, por un tiempo que no bajará de tres años; años de *prisión solitaria* (si me es lícito servirme de esta expresión moderna), sin ese continuo trato con Jesús y María, á que se había acostumbrado durante los treinta y aun más que han transcurrido desde sus desposorios hasta el día de la separación. No hay alma humana capaz de comprender esta amargura. Apenas, apenas Lucifer caído del cielo podrá formarse una idea del dolor de José, privado de la compañía de quien constituye la alegría de la gloria. Es el último acto que le merecerá las altísimas honras con que va á premiarlo el Redentor.

II

Nuestro Señor Jesucristo prometió en el Evangelio dar el céntuplo y la vida eterna, á todo el que hubiere dejado por seguirlo, padres, parentela, posesiones terrenas. Él mismo nos representa al gran Señor de la parábola, dando grandes recompensas á los siervos que habían duplicado los talentos de oro á su honradez y habilidad confiados, y haciendo merced de ciudades al que había administrado satisfactoriamente las minas que se le dieran para negociar.

José todo lo había dejado para desempeñar el alto cargo de Padre del Hijo de Dios, de custodio de la virginidad de María. José había recibido un tesoro, sin igual en la tierra ni en el cielo; tesoro que no sólo se había doblado bajo su administración, sino multiplicándose hasta lo infinito. Jesús crecía en edad y á la par en sabiduría, como nos dice el Evangelio, bajo sus paternales cuidados. María, concebida sin mancha, llena ya de gracia cuando la saludó el Arcángel, había aumentado su caudal de gracia bajo el amparo de su esposo. Bien podía éste presentarse con la frente serena ante el Eterno Padre, y rendir cuentas altamente favorables de su administración.

Y al que había poseído en la tierra tesoros tales como Jesús y María, ¿qué otra recompensa, sino ellos mismos, podía darse en el cielo; qué otro rango sino el mismo, por lo menos, que había disfrutado entre los hombres? Podemos, por tanto, aceptar la tradición que nos muestra á Jesucristo, saludando á José entre los primeros al bajar del Calvario al seno de Abraham; resucitándolo, entre los justos que merecieron esta gracia de que nos habla el Evangelio, y llevándolo consigo en su gloriosa ascensión. Podemos creer, que después de la ascensión y coronación de la Virgen Santísima, fué de nuevo declarado en el cielo, jefe de la familia del Salvador de los hombres, *constituit Dominus super familiam suam*, y proclamado como el otro José en Egipto, virrey y dispensador de favores al género humano.

Esta, sin duda, fué la doctrina de la Iglesia desde el principio; pero la severa *disciplina arcani*, establecida para no exponer los misterios cristianos á la profanación de los gentiles, ni dar desde luego á los neófitos manjares espirituales demasiado sólidos para un recién nacido, duró muchos siglos, por lo que atañe á las prerrogativas de José. Cuando ya no había peligro de que los paganos tomasen al padre putativo del Hijo de Dios por su verdadero padre natural, entonces empezaron á pregonarse sus glorias, y á reconocerse sus altísimos privilegios. ¿Qué español no lo sabe? Santa Teresa fué el principal heraldo que, con su avasalladora elocuencia, hizo al mundo entero postrarse á las

plantas de José, y á la mitad de ese mundo cobijarse con el manto de su patrocinio. Antes que de ninguna otra nación, fué el castísimo Patriarca declarado patrono especial de la monarquía española, sin que se menguara ó se extinguiera este patronato al extenderse por el Sumo Pontífice Pío IX á la Iglesia universal.

Todo honor trae consigo una carga, aun en el reino de los cielos. Cuando Faraón confirió á José, hijo de Jacob, la dignidad, el poder y los honores de Virrey, no fué simplemente para que viera postrarse á sus plantas á los habitantes del Egipto. Su misión era llenar los graneros en los siete años de abundancia que habían empezado, para distribuir más tarde el alimento á las hambrientas multitudes.

De igual manera, el patronato de José sobre la Iglesia española, le imponía los deberes (si no es desacato el expresarme así) de velar hasta la consumación de los siglos por esa Iglesia, que antes que ninguna otra se acogía bajo su patrocinio. Más de tres han transcurrido desde entonces, y la historia nos muestra que José ha cumplido sus altos deberes, como corresponde al sublime puesto que ocupa en el alcázar celestial. Comparemos la mitad del mundo, que desde un principio se puso bajo el cetro de José, y la otra mitad, que hasta hace poco se le encomendó, y veremos que en la primera, la Fe en Cristo y el amor á María se han conservado en medio de las más tremendas luchas, de los asaltos más rudos de los enemigos del alma.

¿Necesito recordaros los esfuerzos inauditos que hizo el protestantismo para introducirse en la península Ibérica? Todos se estrellaron contra la fuerte muralla de los bien guardados Pirineos. Se empleó para ello el hierro y el fuego de la Santa Inquisición; pero aun sin esto se habría conservado la fe, gracias á la protección del Santo Patriarca. Ahí está para atestiguarlo esa otra parte de la Monarquía española de entonces, la católica Bélgica, que tan notables ejemplos de acendrada fe nos ha dado en los tiempos modernos. De España la heredó, y sin los medios violentos que en la península Ibérica, la conservó en medio de las guerras de religión que asolaron á Flandes; en medio de la paz, más peligrosa todavía que la guerra, porque está basada en los principios que hoy día se llaman liberales.

Parte de la monarquía española, y por consiguiente, del virreinato de José, eran entonces Nápoles y Milán y otras regiones de esta bella Italia, que nos da actualmente dulce hospitalidad. Su proximidad á la Silla de Pedro amortiguó los golpes de la herejía en el siglo XVI; pero ¡cuánto más fuertes no fueron los embites del volterianismo, del regalismo, de la revolución en los dos que acaban de transcurrir! Y ahí están, firmes, constantes, inquebrantables en la Fe y en el amor singular á la Virgen Inmaculada.

Pero en donde más resplandece el valimiento de José, es en el Continente Americano. Nada os diré de la rápida conversión de los aborígenes. Quiero, sí, llamar vuestra atención á las recientes vicisitudes de

las veinte repúblicas en que se dividió el imperio transatlántico de España. No hay dos cuyas instituciones sean idénticas. En unas hay perfecta democracia, en otras predominan los instintos aristocráticos. En algunas, la Iglesia está separada del Estado; en otras, más ó menos unida; en otras, sujeta, sumisa y aun esclavizada. Ha habido épocas de verdadera tiranía; otras de socialismo organizado; no pocas de persecución desenfadada, de terrorismo sangriento, de exterminio Neroniano. ¡Y sin embargo, en ninguna se ha perdido la Fe! En todas, y venciendo toda clase de obstáculos, la Iglesia ha marchado siempre hacia adelante. En todas se han erigido santuarios insignes á María, se han coronado sus imágenes, se han entonado siempre sus alabanzas.

¡Ah! Bien ha merecido José las altísimas honras con que lo ha enaltecido el Rey de los Cielos. No en vano le dió el Señor el título de Padre y de amigo.

Cantemos nosotros sus glorias, y jurémoslo de nuevo por patrono. Pongámonos por completo en sus manos, como la madera en el taller de Nazaret. Que él nos corte, y nos pula, y nos torneé, y nos acepille, y nos barnice, y nos dé esa forma que sólo con la gracia y su patrocinio podemos alcanzar. Él nos conceda, sobre todo, una muerte dulce y tranquila como la suya, sin remordimientos ni temores, en los brazos de Jesús y al lado de María. Tales son mis fervientes deseos.